

Feliz el autor de *Dafnis y Cloe*, que no consagró su obrilla á Minerva, ni á Témis, sino á las ninfas y al Amor, y que logró hacerse agradable á todos los hombres, ó descubriendo á los rudos los misterios de aquella dulce divinidad, ó recordándolos deleitosamente á los ya iniciados. Ojalá viviésemos en época ménos séria y sesuda que esta que alcanzamos y se pudiesen escribir muchas cosas por el estilo.

(Crónica de Ambos Mundos.)

DE LA REVOLUCION EN ITALIA.

I.

Vivimos, dicen muchos, en una edad agitadísima, en un período de transición, en una era de revoluciones en que nada hay estable y seguro, en que no se conoce más derecho que la fuerza, más justicia que la voluntad del mayor número; pero los que así se lamentan, niegan de un modo implícito, la evidente, providencial y perpétua agitación del humano linaje. Todos los períodos de su vida son otros tantos períodos de transición y de revoluciones. Desear el continuo reposo é imaginar que en algun tiempo le hubo, es creer que la humanidad cayó durante algun tiempo y puede caer de nuevo en un desmayo apacible; es pensar que ya ha tocado el término oscuro é indefinido de su carrera, y que podemos pararla para que en él se repose y duerma tranquila. Seria, pues, temerario y absurdo empeño el de los amantes de lo pasa-

do, si procurasen hacerla retroceder, ó el de los que se precian de conservadores, si quisiesen pararla. No es esto lo que les incumbe, si bien tienen que cumplir un destino altísimo, si bien son y nunca dejarán de ser parte principal en el movimiento y desarrollo de la historia. En esa *pompa*, en esa *teoría* sacratísima de la raza del hombre, en esa peregrinación maravillosa hácia la tierra prometida, si hay y conviene que haya profetas para que columbren lo porvenir, son asimismo necesarios los guardadores de la antigua sabiduría y de la experiencia de los siglos; aquellos que sin poner obstáculo al progreso, le siguen y prudentemente le ordenan; aquellos que conservan, como en el arca de una nueva alianza, las tradiciones que han de legitimarle, santificarle y hacerle fecundo, enlazándole con lo pasado. El criterio de estos es el que debemos y queremos adoptar al juzgar el grande espectáculo que hoy nos ofrece la conmovida Europa; espectáculo que ha de mirar el filósofo con serenos ojos, confiando en la Divina Providencia y en el instinto divino de la humanidad, desechando vanos temores y ahogando la envidia, que no por ser patriótica deja de ser mezquina.

España tuvo la primacía durante dos siglos, en este gran sistema de Estados europeos, confederados tácitamente por una misma civilización y por una misma tendencia, animados del mismo espíritu y caminando al mismo fin de extender por todo el orbe la fé cristiana con la persuasión, las ciencias y las artes con el comercio y con la guerra. Postrada ya España y pre-

dominantes Inglaterra y Francia, todavía nos queda el consuelo de poder afirmar que, hasta sin tener en cuenta los raros descubrimientos de nuestros días, sobre todo las aplicaciones del vapor y de la electricidad, eficaces y poderosos medios, nuestro predominio fué, más que los de ahora, benéfico á la civilización del mundo, á la propagación del cristianismo, á la elevación y redención de las razas degradadas, bárbaras ó selváticas, y á la comunión y consorcio de ellas con lo más noble y dichoso del linaje humano. En la época en que predominaban los españoles, todos los pueblos eran, más que en la presente, fanáticos, codiciosos y crueles: pero ni la crueldad, ni la codicia, ni el fanatismo bastaron á impedir que asimilásemos á nosotros á los indios de ambas Américas, haciéndolos compatriotas y hermanos nuestros. No así la gente anglo-sajona, que jamás se mezcla con el pueblo vencido; que no puede ni sabe conquistar sino humillando, extinguiendo ó arrojando para siempre de sus hogares á la gente conquistada.

No en balde ni fuera de propósito vienen aquí las anteriores reflexiones. La postración de España no es sino relativa. Otras potencias de Europa, singularmente las dos arriba mencionadas, se le han adelantado, con rápido crecimiento, en población y en riqueza: pero España aún puede alcanzarlas. Nación cual la nuestra, que tan grandes obras ha obrado, no muere nunca y solo decae temporalmente. En ella vive un espíritu inmortal que ha de enjendrar sin duda un nuevo y sublime pensamiento y que ha de divul-

garle por el mundo con sus armas y con sus naves. España, pues, puede mirar impasible y serena los acontecimientos que hoy se realizan y se preparan. Unida y armada para la propia defensa, apercibiéndose á cumplir, en lo futuro, destinos más altos, y segura de que, aún en el estado actual, lograria, en una gran contienda, inclinar notablemente la balanza con el peso de su espada, ni debe recelar para sí los infortunios de unos, ni envidiar la suerte de otros, si bien las flaquezas y errores ajenos han de servirle de escarmiento saludable y los aciertos de estímulo y de incentivo. Si llega la hora de un temeroso choque entre las dos potencias preponderantes, España, regida por un gobierno firme, prudente y de altas miras, ora haciendo respetar y valer su neutralidad, ora poniéndose de un lado, no es de temer que padezca mengua y si de esperar que logre ventajas.

Eu esta situación, á mi ver, favorable, España y cualquiera español, sin ponerse en contradicción, por amor de la patria ó por empeño de parecer en extremo celoso de su bien y seguridad, con los intereses generales del mundo, pueden imparcialmente juzgar los hechos que ahora se ofrecen á su exámen y entre ellos el mas culminante y trascendental, el conato de independencia y union de Italia.

¿Y quién ha de negar que este conato es santo y noble, que esta aspiracion es legítima? Es cierto que Italia desde la caída del imperio romano, no ha estado unida en un sólo reino sino bajo dos reyes bárbaros, Odoacro y Teodorico: pero muchas veces y con ad-

mirable poder y gloria ha estado confederada. La confederacion era acaso la única unidad posible en la edad media, en que no habian llegado á formarse las grandes nacionalidades; y confederacion hubo en Italia. No hubo unidad completa; pero tampoco en Francia, en la Gran Bretaña, ni en nuestra patria la hubo. Si despues estas últimas naciones se han unido é Italia no, no por eso se ha de argüir que la unidad es imposible y absurda, aunque sea difícil sobremanera.

Dos causas principales han concurrido y concurren á que se retarde, á que tal vez no se logre la unidad de Italia, y su integridad é independencia: dos causas que honran y ensalzan á Italia, no que la desdoran. Es una el esplendor y poder de sus repúblicas, cuyo recuerdo parece que se opone á confundirse y perderse en un sólo Estado; es otra, el señorío temporal del Papa.

El primer obstáculo no es tan difícil de superar, sobre todo, cuando ya no existe sino como recuerdo. El condado de Barcelona era aún glorioso en realidad cuando se unió con Aragon, y Aragon cuando se unió con Castilla. Gloriosísima, maravillosa como una epopeya, fué la vida independiente de Portugal, y aún seguiria unido á España, á no ser por la torpeza y des-gobierno de los reyes austriacos. El segundo obstáculo es el que nos parece casi insuperable.

A pesar de todo, los italianes, y más los egregios que los vulgares, y más los que han vivido en edad relativamente próspera que los que han vivido en períodos de abatimiento, han deseado siempre con ar-

dor la unidad y la independencia de la patria, haciendo todos constar de esta suerte que la patria común existía y existe y no es una mera fórmula geográfica, como supuso el príncipe de Metternich. Petrarca, en sus canciones, Dante, en su *Monarquía* y en su poema soberano, y Machiavelli en todas sus obras políticas, aspiran á la unidad de Italia. En nuestros días, no ha nacido, sólo se ha renovado esa aspiración.

Italia no ha dejado nunca de ser fecunda en grandes ingenios. Sin embargo, puede asegurarse que desde principios de este siglo empezó en ella un renacimiento y desarrollo del espíritu que no podía menos de preparar y producir al cabo, en el terreno práctico, una revolución grandísima. Parini, con sus sátiras, avergüenza á los ociosos y á los afeminados; Alfieri enciende en las almas el amor de la libertad y de las grandes hazañas, Manzoni eleva el corazón con sus religiosos y patrióticos cantares, Leopardi presta á muchos italianos el furor de su desesperación, Amari se complace en recordarles las terribles *Visperas sici-lianas*, Romagnosi les enseña las ciencias políticas, Rosmini, Galuppi y Mamiani los arrebatan á las esferas de lo ideal con sus altas filosofías, y hasta un monje de Monte-Casino, el padre Tosti, escribe la historia de la liga lombarda y hace revivir en la memoria de sus contemporáneos la gloria de aquellos que se igualaron en Legnano con los héroes de Maraton y de Platea.

Entretanto, las revoluciones de otros pueblos y su

anhelo contagioso de libertad, la heroica guerra de la independencia de España, la no menos heroica de Grecia y hasta los estremecimientos convulsivos de Polonia, que se agitaba por sacudir el yugo, ofrecieron ejemplo é infundieron en Italia la emulación y el entusiasmo. Así es que, en todo el primer tercio de este siglo, han sido frecuentes en Italia las conjuraciones y los alzamientos. Tanto los fervorosos conspiradores de las sociedades secretas, cuanto muchos hombres de gobierno soñaban, como medio y hasta como fin de independencia, con el reino único, de que el primer Napoleon les había dado el modelo, aunque no independiente y cabal. Por otra parte, no faltaban republicanos y demócratas que suspiraban ó por una confederación de repúblicas ó por la república una é indivisible. Patriotas más avisados querían la liga de los príncipes contra el extranjero; pero los príncipes recelando, acaso no sin motivo, de los patriotas, y atraídos por lazos de parentesco y gerarquía, se ligaban los más con el emperador de Austria, contra los patriotas, y no entre sí, y con los patriotas, contra el emperador. De este modo pesaba el despotismo austriaco, *la tiranía de los bárbaros*, como en Italia los llaman, sin querer convencerse de que ya no lo son, no sólo sobre Milan y Venecia, sino también sobre casi todos los Estados independientes. Esta tiranía, con todo, no era sentida del vulgo, sino de la clase ilustrada y aristocrática. El campesino de Lombardía no se avenía mal con la dominación austriaca y tal vez vivía con ella dichoso. *El lazaron* de Nápoles y el al-

deano de la Calabria acaso ignoraban que habia en el mundo una Lombardía, y que Lombardía estaba en Italia, y que era conveniente que Italia estuviese libre y unida. El espíritu de revolucion era, por consiguiente, y aún lo seguía siendo en 1848, más que popular, aristocrático, escolástico y literario. Por esta razón, sin contar con la poderosa falta de acuerdo entre los príncipes y con la falta de avenencia entre republicanos y monárquicos, tuvo, á mi ver, tan mal éxito el levantamiento de 1848 y 1849. Si despues se ha hecho popular ese espíritu de revolucion, milagro ha sido de la actividad de los propagadores, de la torpeza y poco tino de los gobiernos á quienes no convenia, y de la astucia y constancia del gobierno á quien conviene, y para quien, no sin aventurar mucho y no sin hacer inmensos sacrificios, va grangeando hasta ahora provecho crecido y no menor importancia.

Al transformarse ese espíritu de revolucion en espíritu popular, de literario y aristocrático que era, se ha descartado del pensamiento neo-güelfo y se ha hecho neo-ghibelino; de federativo, con el Padre Santo á la cabeza de la federacion que era entre muchos, se ha hecho unitario, con Victor Manuel por jefe. Examinemos rápidamente cómo y hasta qué punto se ha verificado este cambio.

Considerando los hombres prudentes que para arrojar al Austria del suelo italiano era menester ó el auxilio extranjero, ocasionado á trocarse en nueva tiranía; ó la union de Italia en un sólo reino, para lo

cual convenia echar por tierra los tronos de algunos soberanos, no excluyendo el temporal del Padre Santo, lo cual era punto ménos que imposible sin acarrear la ira de todos los Estados católicos; ó por último, una liga de los príncipes reinantes; empezaron, desde los tiempos de Gregorio XVI, á pensar en esta liga, poniendo al frente de *la accion* á la casa de Saboya, y como presidente, director y santificador del *pensamiento*, al Papa. Esto fué lo que algunos calificaron de partido neo-güelfo. Vinieron á dar importancia y vigor á este partido la aparicion y la súbita celebridad de un libro singularísimo así por la inmensa doctrina como por la viva y seductora elocuencia que en él resplandecen. Hablamos de *El Primado italiano* de Gioberti.

Nunca se ha hecho de la religion católica una aplicacion más elevada y grande á la filosofia de la historia y á los negocios profanos de la política. El libro de Gioberti puede servir de modelo y dechado á todos los escritores neo-católicos. Gioberti supone, como todos ellos, un lastimoso extravío de la humanidad, que empieza con el renacimiento y con la reforma, y que prosigue aún en espantable progreso. Gioberti, para corregir este extravío y marcar á los hombres el buen sendero, hace causa comun, ó mejor diré, considera como la misma causa la del predominio de su patria en la *accion* y en el *pensamiento* y la del bienestar, armonía y salud del género humano. La teología católica es para Gioberti la virtud que crea y el lazo que une las ciencias todas; la filosofia platónica, hija de la

tradicion y revelacion primitivas, santificada, iluminada y completada despues por el catolicismo, la única filosofia primera; la ontología de la *fórmula ideal*, el fundamento del derecho, de las leyes y de toda] metafísica. Para Gioberti, Descartes es un mal filósofo, su escuela psicológica un sistema necio y mezquino; la crítica de Kant y todas sus consecuencias, un panteísmo absorbente que destruye la libertad del hombre. Para Gioberti la civilizacion se ha torcido y viciado, va en rápida decadencia, desde el momento en que Italia, maestra de las gentes, empezó á decaer en el orden intelectual y en el orden político. Levantar á Italia de su postracion, es para Gioberti la salvacion de Europa, es levantar de nuevo en alto el *labarum* de la civilizacion cristiana, restablecer la armonía y la unidad, reponer, donde conviene y es justo, la iniciativa, el magisterio y la virtud de todo progreso. El admirable fervor, la erudicion vária y profunda y la argumentacion vigorosa de este libro fascinan, cuando no convencen.

Difícil es dar cuenta en el breve espacio de este ligerísimo escrito de esa enciclopedia de Gioberti, donde se tocan todas las cuestiones que han podido y pueden agitar al espíritu humano, y donde, al propio tiempo, sin que lo voluminoso de la obra sirva de obstáculo, se hace de la manera más eficaz la propaganda revolucionaria. Baste decir, que *El Primado italiano* de Gioberti, leído por muchos y explicado y puesto por ellos al alcance del vulgo, preparó y precipitó la revolucion en Italia. Los moderados y con-

servadores y las altas clases de la sociedad se hicieron revolucionarios con el libro de Gioberti, tan monárquico y tan partidario del Papa. No pocos amantes de lo pasado se mostraron también deseosos de la revolucion, imaginando sin duda que con ella iba á renacer el esplendor de Italia y que iban á renovarse los buenos tiempos antiguos y á recobrar el pontificado su preponderancia política en el mundo. Hasta muchos de los republicanos y demócratas, y tal vez el mismo Mazzini, fueron por un momento ó fingieron ser *giobertistas*.

En esta disposicion de los ánimos, vino á ocupar la cátedra de San Pedro un varón virtuosísimo, de corazón verdaderamente italiano, ansioso del bien general y sediento del amor de los pueblos. Exento de mundana ambicion, nadie podía imaginar que Pio IX fuese un príncipe guerrero, un Papa batallador, como Julio II; esto repugnaba además abiertamente con la cultura de nuestro siglo, en el cual ni en sueños es tolerable ver al Vicario de nuestro Señor Jesucristo entrando por asalto en una ciudad, ó combatiendo al frente de un ejército. Muchos esperaban, con todo, que el Padre Santo, movido de su bondad y de su anhelo de que Italia fuese libre, consagraria la guerra contra los austriacos, como una nueva cruzada, é imitaría hasta cierto punto á Alejandro III, tomando *misticamente* la dirección de la empresa.

Con tan halagüeñas esperanzas estalló á poco la revolucion por toda Italia á los gritos de ¡viva la liga italiana! ¡viva Pio IX! ¡viva Gioberti! El *himno de*

Pio IX fué la *marsellesa*, fué el himno de Riego de aquellos patriotas. La revolucion tomó el carácter neo-güelfo del libro de Gioberti. La erudicion, la filosofía, la teología y hasta el misticismo, que intervinieron en ella, la hicieron por lo pronto más propia de las clases elevadas y cultas que de la indocta plebe. Los austriacos eran *los bárbaros* y los soldados de la patria *los cruzados*; los tres colores de la bandera italiana simbolizaban las tres virtudes teologales; fé, esperanza y caridad. Italia misma estaba figurada por estilo profético en la hermosa Beatriz, que, despues de largos años de dolor y de prueba, se le apareció á Dante en el paraiso terrenal, vestida con ropas de esos tres colores significativos.

Los primeros movimientos de la revolucion tuvieron, por consiguiente, cierta índole científica, bien expresada en los congresos *dei scienziati*, y cierto viso de buen tono, de elegancia y hasta de galantería, merced á las princesas, duquesas y otras damas aristocráticas, que predicaban la santa liga, que con sus blancas y suaves manos colocaban en el pecho de los jóvenes caballeros *la cruz roja* y que los animaban y los hacian más *caldi d'amor patrio* con una dulcísima sonrisa. Entre estas ilustres promovedoras de la libertad y de la independenciam, descollaba la nobilísima, poética y erudita Princesa de Belgiojoso.

El rey de Cerdeña, Cárlos Alberto, tomó al fin el glorioso apodo de *la spada d'Italia* y se puso con todo su brio á servir á la revolucion. Las más gratas ilusiones llenaron el alma de los patriotas; ántes de que In-

glaterra ó Francia pensáran en ofrecerles apoyo, le desecharon, con aquel dicho celebérrimo de *Italia farà da sé*.

Entretanto, el bondadoso Pio IX, ensordecido con los cánticos de alabanza, con las aclamaciones y los vivas, y cegado por el humo del incienso que ardía en su obsequio en toda la Península, no acertaba á descubrir claramente la tormenta que iba arreciando, ni á comprender, en toda su extension y trascendencia, el inmenso compromiso en que él mismo se habia puesto. Pero los otros príncipes de Italia, y singularmente el rey de Nápoles, más amigos del Austria y del propio bienestar y reposo, que de hacer de libertadores y propugnadores del *bel paese dove il si suona*, comprendian y aún exajeraban todos los peligros de la revolucion, renegaban *cordialmente* del Papa, que á su ver, la habia promovido, y prohibian que en sus Estados se cantase el himno del Papa, como si este himno fuese una blasfemia.

La revolucion de Francia, el socialismo y el comunismo, el derecho al trabajo, la Icaria, Proudhon, los húngaros, Kossuth, la asamblea nacional de Francfort y los filósofos alemanes, armaron poco despues, tal estrépito en toda Europa, que vacilaron los tronos, ardió el mundo en motines, guerras civiles y asonadas, y no faltó quien creyese que eran llegados los tiempos apocalípticos y que se acercaba la consumacion de los siglos.

Los príncipes de Italia que hasta entónces habian seguido de muy mala gana el movimiento nacional,

empezaron á serle abiertamente contrarios. Si por lo pronto contemporizaron con él, fué cediendo á la fuerza. El temor de los trastornos, el pavor que la democracia infundía, se acrecentaba y se corroboraba en ellos con el continuo recelar de la ambicion de Carlos-Alberto y con el amor que los vinculos de familia y la comunidad de intereses les inspiraba por el Austria. Así fué que ninguno de ellos entró de buena fé ni eficazmente en la liga, ninguno de ellos se confederó contra *los bárbaros*, ninguno de ellos desenvainó su espada para coadyuvar con *la de Italia* en la noble causa de la independendencia. Los patriotas empezaron, al fin, á abrir los ojos y á notar el desatino del plan de Gioberti, tan sublime y deslumbrador en la teórica.

Los valientes ciudadanos de Milan y de Venecia habian sacudido las cadenas, y el príncipe de Saboya salia á la defensa de su libertad con un ejército bien organizado; pero los otros pueblos de Italia, si permanecian quietos nada podian hacer por sus hermanos, porque los príncipes no lo querian; y si trataban de agitarse ó se agitaban para obligar á los príncipes, tenian que consumir tiempo, fuerzas y entusiasmo en luchas intestinas. Sólo podian acudir y sólo acudieron en auxilio de Carlos Alberto pocos y mal disciplinados voluntarios, mozos por la mayor parte de escogida educacion y blandas costumbres, más avezados á disputar en las aulas y á danzar en los saraos, que á soportar el peso de las armas y las fatigas del campamento. La plebe, sobre todo la napolitana, poco ó

nada entendia de su fraternidad con los lombardos.

Con todo, Pio IX, y aqui hablamos de él como soberano, como señor temporal y no como Pontífice, hubiera podido remover los obstáculos, aunar los esfuerzos, vigorizarlos y dirigirlos contra el enemigo comun. Pio XI, apoyándose en la revolucion, hubiera podido obligar al rey de Nápoles á enviar en favor del de Cerdeña un ejército de cuarenta ó cincuenta mil combatientes; hubiera podido reunir en los Estados pontificios, en Toscana y en los ducados, otro ejército no ménos numeroso; hubiera podido autorizar la santa liga, haciéndose jefe de ella, ordenar y encaminar al mismo objeto todas las voluntades, todas las energías, y hacer, en suma, sin el socorro extranjero, que Italia fuese libre desde los Alpes hasta el Adriático. La situacion general de Europa estaba incitando á realizar este proyecto. Francia republicana y dividida en bandos no se hubiera opuesto: en Alemania, donde ardía la revolucion, no se hubieran armado en favor del Austria, y este imperio, destrozado por interiores discordias, hubiera ofrecido corta resistencia á tan tremendo choque.

Gran plan hubiera sido éste en otro siglo; pero en el nuestro no era posible que el Padre comun de los fieles se declarase jefe de una liga armada contra católicos, suscitase discordias y guerras, y olvidase los deberes de Pastor y de Vicario de Jesucristo por los de príncipe temporal y patriota.—Pio IX, lleno de escrúpulos, retrocedió espantado ante la exigencia de que él mismo se pusiese al frente de aquella sangrienta lu-

cha, y se horrorizó de aquella tempestad revolucionaria, á cuyo crecimiento y desarrollo tal vez con su bondad habia contribuido.

La revolucion exasperada salvó entonces los límites de lo justo, rompió todo freno, se manchó con el asesinato de Rossi y ocasionó la fuga de Pio IX.

La reaccion entretanto habia logrado triunfar en muchos países, y rota en Novara la espada de Italia, y en Nápoles ahogado en sangre el espíritu de la revolucion, sólo quedaron en pié las repúblicas de Roma, Toscana y Venecia, de las cuales, las dos últimas cedieron al fin al poder austriaco, y la primera se derrocó al empuje de las bayonetas extranjeras, concitadas en todo el orbe católico por el mismo que Italia soñó un dia como libertador. Pio IX, sin embargo, no puede ser tachado de falta de amor á la patria. Un amor más alto, una más santa caridad, un imperioso deber de conciencia le movieron sin duda á llamar en su auxilio á los franceses, á los españoles y á aquellos mismos austriacos, aborrecidos dominadores de su patria.

Así acabaron de disiparse los generosos ensueños Gioberti y así se comprendió que era una ilusion irrealizable la de libertar á Italia con la liga de los príncipes, más que italianos, austriacos.

El partido neo-güelfo acabó ó fué tenido por absurdo: el Papa ántes que italiano, por católico; ántes que príncipe, por jefe visible de la Iglesia. El mismo Alejandro III, que se presentaba ántes como modelo de Pio IX, se comprendió al fin que no habia peleado

por Italia, sino por la Iglesia contra Federico Barbaroja, y que, reconocido por este emperador como Papa, se separó de la liga y acaso contribuyó á hacer inútiles aquellas hazañas heroicas que en pró de la independencia obraron las ciudades de Lombardia.

Apenas quedaron, por lo tanto, otras *esperanzas* que las de los demócratas en un nuevo y mas vivo incendio revolucionario del mundo, y las que dá César Balbo en su libro de este título, aunque más propiamente pudiera llamarse *de los desengaños*. Italia, segun César Balbo, no podia ser libre sino cuando feneciese el imperio de los turcos y fueran repartidos sus despojos entre las naciones prepotentes, las cuales darian á Italia libertad é independencia, y al Austria compensacion con la parte más pingüe de los desmembrados dominios osmanlíes.

Por fortuna ó por desgracia, que esto aún está por ver, no se contentaron los políticos de Turin con las *esperanzas* de César Balbo, y cifrando las suyas en el esfuerzo y fortuna de la dinastía sabauda, se fueron reponiendo de las pérdidas, espjaron otra ocasion más favorable, y adoctrinados y escarmentados por la experiencia, buscaron alianzas poderosas y se aperci-bieron á nuevos combates, sin contar ya con el Padre Santo, ni con ninguno de los otros príncipes de su misma nacion,

II.

Rápidamente, ya que no permiten mayor extension